

ORACIÓN, PROVIDENCIA Y FE EN LA LUCHA POR LA VIDA. EXPERIENCIA Y RACIONALIDAD PROTESTANTES

Por Leopoldo Cervantes-Ortiz

Coloquio *El protestantismo frente a las crisis sociopolíticas y la defensa de la vida*
23 de octubre de 1998

INTRODUCCIÓN

Habitualmente, la fenomenología y la historia de las religiones trabajan con una distinción más o menos uniforme entre lo *sagrado* y lo *profano*. Ambas afirman que el espacio sagrado es más propicio para el acercamiento o la *comunión* con lo numinoso, lo inefable, lo divino (Otto).

En el Antiguo Testamento, esta separación evidencia que el trato con la divinidad está siempre marcado por el riesgo o por la audacia de ciertos seres humanos que entran, peligrosamente, al terreno de lo sagrado. Baste con recordar la lucha de Jacob con el ángel (*Génesis* 32.22-32), el llamado de Moisés desde la zarza (*Éxodo* 3.5ss) o el episodio del secuestro y posterior devolución del arca de la alianza por parte de los filisteos (*I Samuel* 6). En el primer caso, el atrevido Jacob, el cuerpo a cuerpo con *lo sagrado*, presiona a su "rival" para obtener un beneficio; en el segundo, Moisés es reconvenido explícitamente para descalzarse en el espacio sagrado; en el tercero, el dueño del terreno donde se estrella el arca, no vive para contarlo, porque se atrevió a tocarla.

A la luz del Nuevo Testamento, por el contrario, se puede argumentar, teológicamente, acerca de si Jesús llevó a cabo o no una *profanización radical* de lo sagrado en sus acciones proféticas, algunas de ellas testificadas de manera muy simbólica por los textos evangélicos, como es el caso muy específico de la partición del velo del *sancta sanctorum* del templo de Jerusalén a la hora de su muerte (*Lucas* 23.45). Previamente, su comportamiento, asumido por él mismo como una transgresión de la conducta supuestamente de santidad (si se le compara con Juan el Bautista), manifiesta también el esfuerzo por profanizar el trato con lo sagrado. En el ambiente protestante popular (particularmente en las llamadas "iglesias históricas"), la oración es una de las prácticas en las que tiene lugar una "negociación" con lo sagrado, con la divinidad, que obliga a replantearse la rígida división entre sagrado y profano, puesto que su contenido expresa necesidades profundamente materiales (o profanas) por medio de un ropaje verbal que remite a lo sagrado, pero de un modo muy familiar, incorporado, no solo ritualmente, a la vida cotidiana.

Ciertamente, debería de distinguirse entre oración privada y pública, para poder reconocer el alto grado de mecanicismo que se da en la oración litúrgica comunitaria, pero, como se ha observado en los movimientos pentecostales, es precisamente esta oración la que expresa, con mayor intensidad, la "negociación" con lo sagrado, "el suspiro de las almas oprimidas".

1. EL ESTUDIO DE LA ORACIÓN, CRUCE DE CAMINOS ENTRE DIVERSAS DISCIPLINAS

En este trabajo se tomarán como base para el análisis las observaciones de Rubem Alves, teólogo protestante brasileño, en su libro *Protestantismo e repressão*¹ (un título que evidencia su estirpe freudiana), el cual representa el inicio de una larga serie de

¹ R. Alves, *Protestantismo e repressão*. São Paulo, Ática, 1979. 290 pp. (Ensaio, 55) Una primera versión de este libro se publicó con el título: *O espírito do Protestantismo e a ética da repressão*. Petrópolis, Vozes, 1977.

volúmenes dedicados al fenómeno religioso,² dicho sea de paso, desde la particularidad protestante hasta la generalidad de lo religioso sin apellido. En la obra mencionada, dentro de una sección dedicada a "El mundo en que habitan los protestantes", le dedica unas breves líneas a la oración, inmediatamente después de discutir el problema de la Providencia. Para él, la oración es una "voz contradictoria".

El trabajo de Alves evidencia, por sí mismo, las dificultades para analizar a la oración a través de categorías procedentes de una sola disciplina. Él echa mano de la teología, la sociología y el psicoanálisis a fin de situarse más adecuadamente delante del problema. Teológicamente, observa que la oración es un contra-discurso que resiste a la doctrina de la Providencia. Sociológicamente, es la manifestación verbal de un cambio en la cosmovisión de las personas. Psicoanalíticamente, es el acto de nombrar emociones y deseos profundos. La cadena de definiciones sería, si no interminable, cuando menos más rica y variada de lo que antes se suponía.

Así, este autor consigue un abordaje interdisciplinario a una realidad humana que tiende a rebasar los acercamientos unívocos, por cuanto brota de necesidades profundas. La arrogancia positivista con la que se veía a los fenómenos religiosos ha dejado su lugar a un cruce de caminos entre varias disciplinas que se acercan a la religión con la certidumbre de que ella revela, en buena medida, muchos aspectos humanos que, de otra manera, no serían percibidos con claridad.

2. LA ORACIÓN, COMPONENTE CENTRAL DE UN NUEVO LENGUAJE (POST-CONVERSIÓN).

"La conversión se revela por medio de un nuevo lenguaje. Convertirse es abandonar un discurso y adoptar otro".³ Con estas palabras señala Alves que la conversión al protestantismo implica un cambio de lenguaje que, a su vez, expresa un cambio profundo en la manera de ver (interpretar) y de vivir el mundo. Previo a la conversión, el mundo tiene un sentido determinado y el lenguaje que lo expresa no es cuestionado. La conversión, como "reestructuración de la realidad", es una crisis del sistema de significaciones que poseen las personas. Con ella, se experimenta la obligación de interpretar de otra manera la realidad entera.

En el discurso protestante conversionista, el ejercicio del lenguaje por medio de la oración es muy intenso, puesto que se sitúa a contrapelo de la prácticamente inexistente costumbre católica de rezar. La oración, además, es promovida como una manifestación personal, auténtica y espontánea delante de Dios, que rompe el esquema convencional de la repetición de fórmulas mecánicas, las cuales, según esta línea de comprensión, no funcionan para establecer una "relación personal con Dios". La oración es definida, popularmente, como "platicar con Dios", la cual, efectivamente, motiva a los fieles a expresarse con una búsqueda de originalidad que, aun cuando decae con el tiempo y se estandariza dentro de los lugares comunes manejados por las comunidades, se mantiene como una práctica que concentra la manifestación de la identidad personal de cada uno.

De este modo, una persona que experimenta la conversión, se ejercitará continuamente en la práctica de la oración y aprenderá a desarrollar, al menos teóricamente, un estilo propio dentro del marco comunitario que moldea su expresión verbal. Ya se han mencionado los lugares comunes, cuya frecuencia manifiesta, sin duda, la antigüedad de las personas dentro de las comunidades. Ellos se constituyen en un serio peligro para la autenticidad y espontaneidad y porque no son reconocidos como

² Entre otros trabajos se pueden mencionar los siguientes: *O enigma da religião* (1975), *O que é religião* (1981), *Variações sobre a vida e a morte* (1981), *Dogmatismo e tolerância* (1982) y *O suspiro dos oprimidos* (1984).

³ *Ibid*, p. 54.

tales, es decir, como una reiteración inconsciente de creencias, postulados e inclinaciones ideológicas o doctrinales.

3. LA ORACIÓN, INSTRUMENTO PARA NOMBRAR EMOCIONES Y DESEOS.

Los creyentes aprenden, con la oración, a nombrar sus emociones y deseos, debido a que son estimulados, continuamente, a solicitar el favor y el apoyo de la divinidad en medio de los problemas y dificultades. El esfuerzo por identificar verbalmente las situaciones y las necesidades personales le ayuda a los creyentes a superar el sinsentido de las cosas: nombrarlas le otorga significación, así sea negativa. "El protestantismo interpreta las emociones como *revelaciones del ser*, en su dimensión de profundidad y eternidad".⁴ La inteligibilidad que logren respecto de su propio interior, aunada a la intensidad del fervor con el que se dirige a Dios les permiten a los creyentes asegurarse de que sus palabras serán "escuchadas". La especificidad de las peticiones está directamente en función de los resultados positivos de la oración. Dice Alves: "La oración es un lenguaje que expresa un deseo. En la oración, la persona coloca delante de Dios sus angustias y sus aspiraciones más profundas. Y estaría totalmente desprovista de sentido si quien ora no creyese que su deseo es capaz de modificar el curso de los acontecimientos".⁵

Un tipo de oración litúrgica representa claramente lo anterior: la oración de intercesión. Por medio de ella, los demás miembros de la comunidad "ayudan" a la persona necesitada en su esfuerzo por "ser escuchada" favorablemente. Se trata de un fervoroso ejercicio verbal comunitario que trata de incluir las necesidades humanas más apremiantes a fin de encontrarles una pronta resolución. Colectivamente se asume que esas situaciones tienen remedio y que la divinidad no puede negarse a intervenir si existe, respecto a ellas, un consenso dentro de la comunidad de fe. Asimismo, la sinceridad con que se expresan las peticiones revela un fuerte compromiso con las personas implicadas, lo que se traduce en la fortaleza de los lazos que se crean alrededor de los problemas comunes.

Además, la "falta de respuesta" a las plegarias forma parte del universo de interpretación de la verbalización de las emociones y los deseos. Si no hay respuesta, los creyentes no deben desmayar en su intento y, por el contrario, deben de "perseverar en la oración". Esto último intensifica el acto de nombrar los sentimientos y las urgencias.

4. EL DISCURSO DE LA PLEGARIA Y LOS DEMÁS DISCURSOS EN LA VIDA COTIDIANA

Como ya se dijo, el discurso de la oración se instala de manera central en la vida de los conversos, concentrando todas las situaciones cotidianas, otorgándole espacio y sentido a las mismas. De ahí que este discurso se sitúe, también, lado a lado con los demás discursos en los que participan las personas: sociales, políticos, económicos, científicos, religiosos de otro signo, etcétera. La singularidad y especificidad de este discurso radica no sólo en que adquiere mayor relevancia para la vida de quienes lo practican, sino en la capacidad o posibilidad de contraponerse a aquéllos otros, negándolos, relativizándolos e, incluso, sustituyéndolos. El concepto de "bendición", por ejemplo, califica a las múltiples situaciones, fortuitas o causadas directamente por otros factores, en un sentido positivo. En ese sentido, las oraciones por las ofrendas traducen los conceptos monetarios y laborales a un universo religioso o espiritual en el que el dinero deja de ser lo que es, materialmente, para convertirse en una manifestación visible del favor de la divinidad;

⁴ *Ibid*, p. 61.

⁵ *Ibid*, p. 163.

tiene que ser "purificado para el servicio de Dios", pero no deja de ser el medio por el cual se llevan a cabo las mismas transacciones, pero con otro sentido.

Esta sustitución de significados es la que permite decir que la oración tiene el poder o la capacidad de *transfigurar realidades u objetos*, en su carácter de discurso alternativo que busca y encuentra un lugar trascendental que les permite a las personas "defenderse" de los demás discursos y afirmar una conciencia de pertenencia al ámbito de lo sagrado en medio de la cotidianidad. Los creyentes califican como "espirituales" a muchas de las situaciones que experimentan, descalificando como "materiales" a aquéllas que, dentro de un esquema dualista de pensamiento (potenciado por el dogma liberal de la separación entre la Iglesia y el Estado, entre lo público y lo privado, etcétera) no tienen la misma significación ni importancia, aun cuando en la vida real, efectiva, objetiva, sigan influyendo de modo determinante. Por otra parte, el discurso de la oración también se relaciona muy conflictivamente con otros discursos como el científico, que choca particularmente con sus concepciones acerca de su propia eficacia. Se sabe muy bien hasta qué extremos puede llegar esta oposición, sobre todo en la búsqueda de la salud.

5. RELACIÓN DE LA ORACIÓN CON EL DISCURSO BÍBLICO DE LA SALVACIÓN.

Se puede decir que, en muchas comunidades protestantes, el discurso de la oración es un sub-discurso de otro más amplio, el "bíblico de la salvación", puesto que es este el eje alrededor del cual gira su práctica específica, puesto que contiene todos los elementos que proceden de aquél, adaptados ciertamente a las capacidades verbales de las personas. Es este discurso bíblico el que le otorga a la vida y al mundo de los conversos "orden, propósito e inteligibilidad", según palabras de Peter L. Berger, quien explica que esas tres cosas constituyen una necesidad humana profunda.⁶ La oración, así, es también receptáculo, vehículo y transmisora de un conjunto de interpretaciones e interpretación ella misma de toda la realidad, a la que contempla como un universo significativo según el esquema bíblico de la salvación.

La oración traduce, de esa manera, la insistencia protestante en la necesidad de interpretar fielmente las Escrituras, preocupación que trasluce también el interés por interpretar el mundo de una manera determinada, ligada a la concepción de la actuación de una Providencia divina en su seno. Cada creyente, pues, se sitúa como un intérprete, calificado por sí mismo, y capaz de incorporar a su "charla con Dios" los elementos de la realidad que le permitan llevar a cabo esa acción según lo que ha aprendido en su comunidad. Es a esto a lo que Alves llama "el mundo en que habitan los protestantes", es decir, ese espacio simbólico en el que cada cosa es experimentada de acuerdo a los cánones que le marca la enseñanza doctrinal. Una comprobación de esto puede expresarse a través de la fórmula: "Dime cómo oras y te diré qué piensas", en donde la oración se presenta como la concentración de todo el universo religioso protestante.

6. EL CONFLICTO TEOLÓGICO Y PSICOLÓGICO ENTRE ORACIÓN Y LA *PROVIDENCIA DIVINA*.

Alves particulariza su análisis teológico y psicológico de la oración como consecuencia de su revisión de la doctrina de la Providencia, tal como la enseña lo que él denomina el Protestantismo de la Recta (o sana) Doctrina, el cual, a grandes rasgos, era el que prevalecía en casi toda América Latina.

El conflicto de la oración con la Providencia se da de varias maneras: primero, cuando "una persona, en ciertos momentos, coloca entre paréntesis el lenguaje indicativo de la Providencia, suspendiéndolo en un silencio provisorio, y articula, en su lugar, el

⁶ P. L. Berger, *Invitation to sociology: a humanist perspective*. 1963, p. 63, cit. por R. Alves, *op. cit.*, p. 57.

lenguaje desiderativo de la oración";⁷ segundo, la oración se acerca a la magia del *así debe ser* en contra del *así es*, o sea, se trata de una lucha contra el realismo materialista; tercero, la oración es la esperanza de poner en marcha una nueva causalidad que cambie el curso de los eventos; cuarto, revela un creyente que no cree en la Providencia como causalidad de hierro y *un Dios diferente* que acoge los deseos humanos y altera el curso de las cosas; y por último, es un *lapsus* freudiano, un lenguaje prohibido y reprimido que se expresa en el interior del lenguaje que lo prohíbe.

En otras palabras, la oración se presenta originalmente como una protesta teológica, que dentro del propio discurso bíblico de salvación se inconforma con las realidades impuestas por la Providencia divina y se rebela usando las armas que ese discurso le enseña. Al atisbar un rostro diferente de la divinidad, que ya no coincide con la argumentación doctrinal impuesta, se posibilita una nueva concepción de la relación con ella, marcada por los avatares existenciales y, por lo mismo, más auténtica. Esta nueva comunión con lo sagrado escondido no puede aparecer con frecuencia en el discurso oficial de las instituciones eclesiásticas, por inconveniente y *heterodoxo*. Por otra parte, esta *protesta espiritual* abre la posibilidad para otras protestas más objetivas: sociales, políticas, económicas, dado que las circunstancias que ofenden la vida real de las personas son vistas como algo que debe superarse, señalando así un camino para la esperanza. La práctica cotidiana de la oración, nuevamente, en su carácter rutinario y de devoción prefabricada, corre el riesgo de no percibir conscientemente estas posibilidades tan grandes. De ahí que con frecuencia los renovadores (o *avivadores*) de la experiencia religiosa pasen por alto estas consecuencias subversivas de un ejercicio aparentemente tan inocente.

7. LA ORACIÓN Y LA LUCHA POR LA VIDA.

Con lo dicho hasta aquí, parece claro que la oración forma parte de una espiritualidad de la resistencia, colectiva e individualmente. Al concentrar y proyectar las utopías o los sueños humanos de cambio, la oración se levanta, efectivamente, como un suspiro esperanzador de las criaturas oprimidas por realidades inaceptables. Es en este plano que pueden entenderse afirmaciones bíblicas como el jubileo (*Levítico 25*) o el *Padrenuestro*, la oración de Jesús, tributaria del primero. La petición sobre el perdón de las deudas no puede situarse más que en el horizonte utópico de la fe, algo incuestionable a la luz de la fenomenología religiosa.

La lucha por la vida se presenta, entonces, como el espacio privilegiado para la práctica religiosa de la oración, en virtud de que tal lucha incluye muchas veces las situaciones más inaceptables para millones de seres humanos que sueñan con la transformación de sus vidas personales y colectivas. La negación de la dignidad, el imperio de la pobreza y el bloqueo del acceso a mejores condiciones de sobrevivencia, entre tantos factores más, se constituyen en el oscuro marco desde el cual surge el gemido humano dirigido hacia la divinidad, para que ésta se digne actuar en sentido contrario a la realidad. De ese modo, la oración es un arma radical en la lucha contra tales condiciones de *anti-vida*.

Finalmente, el componente sociopolítico de la oración de Jesús, expresado en la petición "Venga tu reino, hace todavía más concreta la ansiedad humana que, al apropiarse de esta plegaria, anuncia y anhela la venida de un nuevo orden que altere radicalmente la situación imperante. La domesticación institucional de los elementos subversivos de la plegaria cristiana fundadora ha cumplido con la función de reprimir los

⁷ R. Alves, *op. cit.*, p. 163.

deseos humanos para así poder aceptar, con *realismo ejemplar*, el sistema en el que se nace.

Apéndice

LA VOZ CONTRADICTORIA: LA ORACIÓN

Rubem Alves, *Protestantismo y repressão*. São Paulo, Ática, 1979, pp. 163-166.

En este punto, entretanto, surge un problema que demanda resolución. En la medida en que los límites de su lenguaje denotan los límites de su mundo, el hombre que articula el lenguaje de la Providencia habita un mundo fijo y terminado. Mientras, este mismo hombre, en ciertos momentos, coloca entre paréntesis el lenguaje indicativo de la Providencia, suspendiéndolo en un silencio provisorio y articula, en su lugar, el lenguaje desiderativo de la oración.

¿Qué es la oración? La oración es un lenguaje que expresa un deseo. En ella, el hombre coloca delante de Dios sus angustias y sus aspiraciones más profundas. Y ella estaría totalmente desprovista de sentido si la persona que ora no creyese que su deseo es capaz de modificar el curso de los acontecimientos. En la oración, el hombre intenta abolir el poder del *así es* por la magia del *así debe ser*. ¿Cómo explicar que aquél que hacía uso del lenguaje indicativo de la Providencia eche mano, ahora, de otro lenguaje, expresivo del deseo, el lenguaje de la oración?

El creyente podrá explicarlo diciendo que en la oración su deseo está siempre subordinado al deseo de Dios. “Hágase tu voluntad y no la mía”. Si es así, cabría preguntar por la función de la expresión de nuestro deseo. ¿No sería más consistente afirmar simplemente “Hágase tu voluntad”, sin ninguna referencia a lo que deseamos? Parece que tal explicación realmente no explica, porque hace a la oración superflua e innecesaria. El creyente podrá aún decir que la oración es esencialmente comunión con Dios y no un esfuerzo por conmovirlo, mágicamente. En muchos casos, en verdad, la oración es casi un silencio agradecido que no pide nada, y que dice apenas: “Gracias te doy, oh Dios”.

Estas explicaciones no agotan lo que es la oración. La oración es súplica, petición, lucha con Dios. Y en ella el hombre revela su protesta contra las cosas, tal como son, y la esperanza de que su deseo sea capaz de operar una nueva causalidad que habrá de cambiar el curso de los eventos. Un médico creyente hace uso de todos los recursos de la ciencia en su diagnóstico y tratamiento. Pero ora para que Dios lo ilumine y bendiga los medicamentos. Una madre ve que su hijo abandona la iglesia y entra en los caminos del mundo. Y ora, para que Dios haga alguna cosa para salvarlo. Una esposa, a pesar de la doctrina de la doble predestinación, ora para que Dios convierta a su marido incrédulo. Se ora por todas las cosas: por la salud de los enfermos, por el fin de las guerras, por el crecimiento de las iglesias, por la reconciliación de los enemigos, por la lluvia (para que caiga o se detenga), por el éxito de los negocios.

¿Por qué se ora? Cada creyente ora, si y sólo si, él cree que, de alguna forma misteriosa, sus deseos son capaces de mover a una voluntad suprema, que permanecería impasible si la voz de la oración no fuese articulada. Él ora porque cree que su oración tiene el poder para poner en acción una eficacia extra que no existiría si permaneciese en silencio.

La oración, por lo tanto, revela algo sorprendente: un creyente que no cree en la Providencia como causalidad de hierro, y un *Dios diferente* que acoge los deseos humanos y altera el curso de las cosas. En un universo rigurosamente determinista, en que las acciones son impotentes frente a lo real, la oración es una imposibilidad. ¿Se puede orar realmente cuando se confía totalmente en la Providencia divina? ¿No será el silencio tranquilo, comprensivo y confiado, la única actitud adecuada para la creencia de que todo sucede en virtud de los designios misteriosos y bondadosos de Dios?

Estamos delante de una contradicción. Dice la Providencia: “Todo lo que ocurre es efecto de una causalidad trascendente inflexible”. La Providencia y la oración no pueden armonizarse

lógicamente. ¿Cómo explicar tal contradicción? Es necesario echar mano de recursos ajenos a la racionalidad protestante.

Freud, en *Tótem y tabú*, indica que hay grandes semejanzas entre la vida psíquica del hombre primitivo que utilizaba la magia, a fin de conseguir sus objetivos, y la vida psíquica de los neuróticos: “Los motivos que hacen que alguien use la magia son fácilmente reconocibles: son los deseos humanos [...] El hombre primitivo tenía una gran confianza en el poder de sus deseos”. Los deseos son fuerzas capaces de cambiar el curso de las cosas. Malinowski, de forma similar, ve surgir el comportamiento mágico cuando la realidad se interpone a la realización del deseo. En la magia estamos frente a frente con un acto de rechazo: el ego no acepta como final el veredicto de los hechos. “Lo que es, no puede ser verdad” (Bloch). Lo que caracteriza el comportamiento de los neuróticos, igualmente, es su creencia de que los deseos son capaces de abolir el mundo real y poderoso para crear los deseos a que ellos aspiran. La magia y la neurosis son formas de rebelión del “principio del placer” contra el “principio de la realidad”.

¿Existirá alguna semejanza entre la magia y la oración? Evidentemente. Sólo se distinguen en la forma. En ambas el hombre es movido por la esperanza de que sus deseos, misteriosamente, serán capaces de conmovier a lo real y alterar su curso. Como la magia, la oración es el gemido de la criatura oprimida, el rechazo para aceptar como final la crueldad de los hechos, la esperanza de que los valores humanos serán capaces de doblar la necesidad invisible, una apuesta en el “principio del placer”, en oposición al “principio de la realidad”.

Ahora, en el universo protestante, ¿qué es lo que define al “principio de la realidad”? Es la doctrina de la Providencia. La oración, por el contrario, es una mansa y murmurante protesta contra este orden cerrado, contra una providencia obcecada por la “gloria de Dios”, de tal forma que no hay lugar para la felicidad humana. Veo a la oración como un *lapsus* freudiano: un lenguaje reprimido y prohibido que, a pesar de la prohibición, se hace expresar incluso dentro del mismo lenguaje que lo prohíbe. La oración nos informa que el rebelde aún no muere. La conciencia aún no se inclinó, totalmente, hacia la Providencia. El alma todavía es capaz de expresar sus deseos, en oposición a la fatalidad.

Pero la relación entre estos dos lenguajes sigue siendo muy problemática. Como ya se señaló, ellas no pueden ser armonizadas lógicamente. En la medida en que el protestantismo se obsesiona con la “gloria de Dios”, no le es posible pensar, de forma consistente, en la significación de un lenguaje que articula las aspiraciones humanas. No existe, aquí, una síntesis entre razón y sentimiento [...] La ética protestante se caracteriza por desautorizar a los sentimientos, por reprimirlos y disciplinarlos por medio de una racionalidad heteronómica. Por esto la racionalidad protestante permanece fría, y su calor amorfo. Creo que esto explica, en parte, la pobreza artística del protestantismo. La creación de una obra de arte exige que el artista sepa combinar sus medios de expresión con sus sentimientos. En la obra de arte, forma y emoción se unifican. Los católicos fueron capaces de crear un drama litúrgico, la misa, en el que estos elementos se armonizan. Nada de esto encontramos en el protestantismo. El culto protestante oscila entre los extremos de la hipertrofia de la verbalización —la racionalidad fría— y la hipertrofia de la emoción —el calor amorfo—. El propio protestantismo oscila entre estos dos extremos: el protestantismo de la sana doctrina, por un lado, y el protestantismo del Espíritu, por el otro.